

SAN MARTIN EN 1868

por Manuel Maestro

Las lluvias y nieves del pasado invierno, han actuado como mágicos pinceles recomponiendo la bella acuarela que contemplo desde mi casa de verano. Las aguas del "Pantano de San Juan", ese pequeño mar dulce que sacia en parte las inquietudes marineras de muchos madrileños, descansan, tranquilas sobre el antiguo cauce del Alberche, después de una agitada primavera que ha ido elevando diariamente su nivel, hasta colocarlo en el "no va más". Oculto nuevamente, en lo más profundo del mismo, el puente románico que tan sólo hace un año podía cruzarse, al igual que lo hicieran los antiguos moradores de San Martín cuando transportaban a la "Corte" los recios vinos de la comarca. El bello cuadro, rematado por los primeros cerros de la "Sierra de Gredos", es el principal soporte sobre el que descanso la vista tras engullir ese alimento tan necesario, para quien escribe, que es la lectura, vehículo que te transporta a lugares, épocas y situaciones de lo más variado, sin más pasaporte, coste ni requisito que una adecuada dosis de fantasía.

El "Anuario de la Provincia de Madrid para 1868", que ha caído en mis manos, tras una puesta al día de mi biblioteca, ha sido el "billete" que me permitió hace unos días viajar al "San Martín de Valdeiglesias" de mediados del siglo pasado. Sus casi mil páginas han sido como otras tantas ventanillas por las que he ido atisbando datos que han permitido a mi mente reordenar ideas y recomponer la imagen que percibiría unos de los 3.365 habitantes que aquí moraban en el XIX, mientras que en la sociedad española se producían grandes transformaciones de la mano del liberalismo triunfante que impuso sus premisas económicas y sociales, a lo largo de una época de convulsiones, propiciada por la transición en España del feudalismo al capitalismo, lo que ocasionaría que el conjunto de la nación albergase una sociedad totalmente nueva.

Por entonces, los habitantes de "San Martín" vivían fundamentalmente de la agricultura, y experimentaron en sus economías la supresión de mayorazgos, la liberación de señoríos y la desamortización de bienes comunales y eclesiásticos. No obstante la vida cotidiana en el campo seguía siendo la misma que en la centuria anterior, basada en la vid, el aceite y el trigo, cultivos a los que se dedicaban la mayor parte de los 2.970 "vecinos" o 10.947 almas que poblaban el partido judicial, compuesto por: Cadalso, Cenicientos, Navas del Rey, Pelayos, Robledo de Chavela, Rozas de Puerto Real, Santa María de la Alameda y el propio San Martín.

Los habitantes del territorio, ocupado por este conjunto de pueblos, contaban con un total de 87.000 fanegas de cultivo a las que había que añadir unas 10.000 de erial. Lo inusitado de la presencia, hoy día de ganado en los campos y calles de estos municipios, era entonces, por el contrario, lo cotidiano: 41.988 cabezas de ganado, de todas las especies componían la cabaña de la zona; 15.000 cabras, 12 ovejas, 1.243 asnos, 4.000 vacas, 826 caballos y 467 mulas, ayudaban al campesino a labrar sus tierras, reforzaban sus ingresos, que fundamentalmente procedían de la agricultura o constituían parte de su alimento.

La capital de la provincia, a la vez de la nación, era el principal destino de los productos del campo sanmartinense, fundamentalmente los derivados de la vid. La uva y el vino de la región acompañaron, durante muchos años, a los madrileños en la entrada del "Año Nuevo" que comenzó a congregarlos a los pies del reloj de la "Puerta del Sol", que distaba 11 leguas de "San Martín de Valdeiglesias", camino que era recorrido tres veces por semana por el "Correo" que transportaba en ambas direcciones correspondencia y paquetería, franqueada desde hacía pocos años con los primeros sellos adhesivos, cuyo primer ejemplar con la efigie de la soberana Isabel II se había puesto en circulación el 1 de enero de 1850.

Su enclave en un cruce de caminos: Madrid-Plasencia y Toledo-Avila, le dieron siempre a la "villa" una importancia estratégica. Datos como los habitantes que tenían las distintas poblaciones de lo que hoy conforma la "Comunidad Autónoma de Madrid" lo evidencian: frente a los 3.365 de San Martín, San Lorenzo de El Escorial tenía 524; Vallecas, que por aquel entonces era un municipio independiente, albergaba tan sólo 503 almas y las hoy populosas Fuenlabrada o Getafe, 536 y 832 respectivamente. Los 947 nacidos o los 755 fallecidos que hubo en el término municipal en el lustro 1861-1866, nos da una idea del importante movimiento demográfico existente en aquellas alturas del pasado siglo, justo en los albores de la publicación de la obra de Carlos Marx, "El Capital", y en pleno auge del ferrocarril que ejerció uno de los cambios más significativos en la sociedad del XIX, al multiplicar la movilidad de las personas y las mercancías. Con los "caminos de hierro" comenzó a popularizarse el veraneo en destinos alejados de la residencia habitual, fenómeno que tardaría aún un siglo en llegar a San Martín y no precisamente a lomos de locomotora, pues el pitido de las mismas nunca se dejó oír aquí, a pesar de haberse llevado a cabo el trazado por donde debían discurrir sus ruedas. Los "tomateros", como popularmente llaman los sanmartineños a los veraneantes, comenzamos nuestra pacífica invasión a partir de que en 1955 se construyese el "Pantano", lo que no sólo cambió la geografía sino el sistema de vida de la comarca. No obstante, la capital del "Valle de las Siete Iglesias" era en 1868 el centro de diversión de la zona, afirmación que viene avalada por la existencia de un teatro con 300 localidades, y de una de las cuatro plazas de toros fijas, con las que contaba la provincia de Madrid, que podía albergar a 3.000 espectadores que precisamente a partir de aquel año comenzaron a pagar sus entradas en pesetas, nueva moneda puesta en circulación, en sustitución de los reales de vellón, por decreto de 19 de octubre de 1868.

Un oficial y seis guardias civiles de infantería, componían la fuerza que velaba por aquel entonces por los habitantes y campos del municipio, tan sólo 24 años después de que el Duque de Ahumada fundase el benemérito cuerpo. La cárcel alojaba a 22 presos. Aún debían pasar bastantes años para que otra humanitaria institución se afincase en San Martín: la Cruz Roja, creada en la ciudad suiza de Ginebra por Henri Dunant tan sólo cinco años antes, en 1863.

A pesar de la paz que cotidianamente reinaba en sus calles y caminos, la huella de las continuas guerras, en las que se hallaba inmersa España, tanto en la Península como en Marruecos o Cuba, se reflejaba en las mutilaciones que algunos sanmartineños exhibían en sus cuerpos como consecuencia de las heridas sufridas en combate, bien en luchas fratricidas o por mantener los últimos vestigios coloniales. Como contrapunto al triste espectáculo del lisiado arrastrando sus miembros heridos por el fuego enemigo, imagino la alegre escena compuesta por las mozas y mozos endomingados bailando la jota a los sonos de la dulzaina y el tamboril o el revuelo organizado alrededor de la ventana principal de la casa de algún hacendado, en donde una de las hijas de la casa cosiera ante la mirada atónita de un enjambre de vecinos, en la primera "Singer" —recién inventada— que llegó al pueblo.

Mucho ha llovido, desde entonces hasta este verano de 1996, y afortunadamente con abundancia el presente año, lo que se nota este mes de agosto en las calles de San Martín, repleta de "tomateros" que acudimos a sofocar los calores de la capital en las aguas del Pantano o bajo la sombra de los pinos centenarios que dan nombre a la mancomunidad de municipios de la zona. Mientras, los "pinches" esperan pacientes que llegue su hora; la de festejar a su Santa Patrona la Virgen de la Nueva. Yo estoy a todas, prolongaré mi estancia aquí hasta principios de septiembre, para no perderme ni "la pólvora" ni las verbenas, y mucho menos las corridas de toros.